

bes, cuya elevada popa estaba cubierta de cincelados, dorados y pinturas verdes y encarnadas, formando un aspecto salvaje y dulce; ya eran piraguas hechas de un solo tronco de árbol pulimentadas y plateadas con el contacto del agua del mar; ya eran barcos de pescadores malayos y jabaneses, adornados con sus preciosos flotadores de bambú amarillo y oscuro; ya en fin, eran algunas raras embarcaciones francesas u holandesas, negras y pobres de forma, que contrastaban con aquella brillante escuadrilla del extremo de oriente.

Todo contribuía á embelesarme y deslumbrarme. En el muelle habia un grupo de trabajadores uniformemente vestidos de azul, con la cabeza cubierta con un inmenso sombrero, los cuales trabajaban en reparar las murallas en que las aguas producian constantes destrozos. Allí habia chinos de cutis amarillento, con chaquetas y pantalones blancos, ocupados en sacar del fondo de sus extravagantes buques cestos de porcelana brillante y cajas de té que resplandecian al sol. Allí un árabe vestido con su traje de seda morado con rayas de oro, impasible en medio del movimiento general, apuntaba en una cartera los fardos que una multitud de mozos de cordel amontonaban en derredor suyo. Mas allá un grupo compacto de criaturas humanas movian una pesada masa y clavaban una estaca en el movedizo suelo acompasando sus esfuerzos con un canto monótono y plañidero. De cuando en cuando el silbido del róten que caía sobre las espaldas desnudas de los trabajadores me hacia estremecer, indicándome el origen de aquella febril actividad, porque en lo que alcanzaba la vista solo se veía agitacion y trabajo. Solo puede formarse idea de aquella barahunda humana que se mostraba en todos sentidos, producida por los golpes y la necesidad, figurándose un hormiguero puesto en desórden por el palo de un niño.

Vimos entonces el telégrafo marítimo y los tejados de las factorías holandesas, y á la izquierda del canal una especie de batería, de la cual se hallaba á corta distancia un pabellon bajo construido sobre el agua y á donde se entraba por una ancha escalera.

—*Boem Kitjil*, me dijo el patron.

—*Boem Kitjil*, contesté sin saber absolutamente lo que decia: la aduana pequeña.

Por fin toqué en tierra. Estaba asado, pero muy contento de sentir bajo mis pies una cosa mas firme que las tablas de un buque. Amontonan mi equipaje en el cobertizo á que se da propiamente el nombre de aduana, y me hacen señas de que me espere. Unos altos indios, penetrados de la importancia de sus funciones, atraviesan gravemente el patio cubierto donde espero con paciencia. Tengo tiempo de enterarme de sus trajes; van vestidos á la oriental con una tela de color azul oscuro, anchos pantalones blancos con di-

bujos de color de rosa, azul claro ó morado bajo. Llevan rodeado á la cabeza un pequeño turbante anudado en las sienes: algunos van calzados con sandalias muy elegantes; pero la mayor parte van descalzos.

El tiempo pasa, el calor aumenta y nadie se presenta. Grito, reclamo, abro mis baules comprendiendo que han sido llevados allí para que los registren, y principio ya á enfadarme, cuando llega un señor con una gorra, y me dice que la administracion de que él es un miembro distinguido, me dispensa del registro. Francamente, podian habérmelo dicho antes.

En el momento de marchar no encontré un solo vehículo para ir á la ciudad europea. Ir á pie es imposible, y sin embargo, se necesita llegar á la fonda antes que lleguen las ardientes horas de medio dia. No sabia qué hacer, cuando veo pasar un coche; me precipito hácia él, y encuentro que vá ocupado por un comerciante que se dirige á la aduana. Por fortuna, aquel señor entiende el francés, y me promete enviarme el primer coche desocupado que encuentre. Por fin, despues de media hora de espera, llega una grasienta carretela tirada por dos jacos de cabeza gorda y panzudos que se recuestan uno en el otro como los bueyes de una carreta. En cuanto al cochero, parecia un mono vestido de una larga camisa de indiana encarnada, sucia y andrajosa, descalzo, adornado con un casco de hoja de lata, sin color ni forma, y el penacho de rigor con el cual parece hallarse tan orgulloso como un general con sus entorchados. Solo el látigo revela cierta coquetería y consiste en una larga fusta pintada de negro y encarnado y con adornos dorados de buen gusto.

Antes de subir á aquel singular vehículo traté de saber el precio de cada carrera. Entonces el conductor me indica un papel mugriento pegado en el interior, donde encuentro por junto el precio de 3 rupias y media por cada medio dia, ó sean 28 reales de nuestra moneda.

Pero me esperaba otra nueva dificultad. El cochero se niega á llevar mis baules, y me indica un grupo de mozos de cordel tendidos á la sombra á pocos pasos de nosotros; pero aquellos bribones se hallaban muy bien en su dulce posicion y se hacen los sordos, hasta que mis ofrecimientos llegaron á la cantidad que les pareció suficiente.

Por fin marchamos de prisa, contra lo que yo esperaba. A pesar de los tumbos del carruaje, el pais que recorro es tan hermoso, tan pintoresco y tan acabado, que me pareció delicioso aquel paseo. Por todas partes habia árboles gigantescos y follaje de un color verde desconocido en Europa. Despues de haber atravesado un puente entré en una calle de tamarindos seculares, al extremo de la cual ví con inquietud una gran puerta blanca con dintel negro

flanqueada de algunos pilares blancos unidos entre sí con una empalizada negra semejante á la puerta de un cementerio. Creí que iba á pasar por medio de las tumbas de los europeos muertos en Batavia; pero aquel fúnebre monumento era la puerta de la ciudad: el color blanco es el de la cal, y el negro no es mas que alquitran destinado á librar de la humedad la madera y las paredes en la parte próxima al suelo. La calle de árboles continúa al otro lado de la puerta y llega á una estensa plaza en cuyo fondo encuentro un monumento que inmediatamente reconozco como una casa de ayuntamiento. Principio á ver diseminadas algunas casas chinas: despues una ancha calle donde todos los edificios tienen el mismo estilo de arquitectura: circulan gran número de ricos coches en medio de una multitud de mozos de cordel, de mercaderes ambulantes y de mercancías amontonadas delante de almacenes sin vidrieras, sin muestras y sombríos en el interior. Se observa una cosa estraña, y es que los chinos van siempre ocupados y de prisa y que los indios son indolentes y pasan el tiempo riendo y paseando á la sombra.

Aquella ciudad es la antigua residencia portuguesa que los holandeses han dedicado esclusivamente al comercio. Allí están los depósitos de los productos del pais, las casas de banca, las oficinas de la administracion superior, los mostradores de los comerciantes. Las habitaciones de aquellos señores se hallan á 2 leguas en el interior, y en la ciudad nueva se encuentra la fonda de las Indias, donde me alojo.

En breve dejé detrás de mí la vieja Batavia.

Siguiendo un ancho y blanco camino, pero sin polvo, tengo á la izquierda un rio amarillo que corre lentamente entre sus verdes orillas; mas allá hay otro camino, y despues altos árboles que cubren casas árabes, chinas é indias; á la derecha hay habitaciones holandesas con jardin, y largas filas de almacenes chinos con sus tejados planos y prolongados, coronados de aristas graciosamente curvas. A cada paso encuentro grupos de chinos con sombrilla en mano, indios con anchos sombreros pintados y dorados y de formas estrañas, grupos de mozos que llevan sus cargas divididas en dos partes y colgadas en una flexible rama de bambú que llevan sobre el hombro.

Los caballos de mi coche continúan á escape y paso por delante de una serie de soberbias casas de campo. Iba admirando los espaciosos jardines, perfectamente cuidados y llenos de esas plantas ecuatoriales de hechicero aspecto, cuando el coche vuelve rápidamente á la derecha, entra en un gran patio y se detiene en frente de un pabellon rodeado de anchas galerías, en las cuales encuentro á la mayor parte de los pasajeros del *Nicolás*.

Todas aquellas casas de campo, aquellos parques, aquella frondosidad, aquellas copudas alamedas son

mi futura residencia, la nueva Batavia: estoy en la fonda de las Indias.

Despues de haberme dejado refrescarme, en cuanto es posible conseguirlo en un horno encendido, el amo de la casa, el señor Cressonnier, me lleva á una hermosa habitacion, que segun dijo estaba destinada para mí y que consta de una inmensa galería cubierta, una sala de las mismas proporciones y dos alcobas. Me pareció que todo aquello era demasiado grande para mí; pero me habian ponderado de tal modo en Francia las costumbres de la India, que me resigné fácilmente con mi suerte. Los mozos de la aduana llegaron casi al mismo tiempo que yo, y habia principiado mi instalacion, cuando un caballero vestido de blanco de pies á cabeza, fué á decirme con acento cortado que se habia cometido una equivocacion, y que el cuarto que yo ocupaba habia sido ocupado la víspera por otro viajero.

Como una habitacion alquilada era una cosa sagrada, aun al otro lado de la línea equinoccial, tuve que desocuparla. Despues de haber bajado del primer piso donde me encontraba y haber pasado una interminable serie de habitaciones, resguardadas del sol con un toldo sostenido en pilares y que formaban galería, llegamos en frente del camino real. Allí está situado mi nuevo domicilio compuesto de una estensa habitacion en la parte de delante y de una alcoba á la parte de atrás; todo en piso bajo. Los muebles de la sala consisten en una mesa coja, dos butacas cojas tambien, un espejo destrozado y un mueble indefinible, feo y estrambótico; y en la alcoba una cama con un mosquitero agujereado, remendado y vuelto á agujerear en mil partes, un lavabo desportillado, una percha descompuesta y una silla de róten cuyo asiento parece un laberinto semejante al que ofreceria un piano que tuviera rotas todas las cuerdas, y por último un espejo roto que reproduce mil veces mi imágen. Aquellas dos piezas blanqueadas con cal y adornadas por el techo con juncos pintados, estaban además decoradas con una alfombra de róten tan gastada y tan desgarrada, que á cada paso tropezaba en ella.

Me informé por prudencia del precio, y me dijeron que por 250 rupias al mes, es decir, unos 2,000 reales, disfrutaria tranquilamente de aquel establo de Augias y de sus muebles inválidos, de la comida sin vino, de un coche, con tal que no pasasen de veinte carreras al mes, y de alumbrado gratuito, palabra que por entonces era para mí un misterio. Aquello era carísimo, pero convenia pasar por ello en tonces, y me puse á instalarme por segunda vez en aquel dia.

A las cuatro, un criado indio (cometo un pleonasmo, porque no hay otros en Java) me lleva té, pan, queso de Holanda y manteca tan desleída á causa de

la temperatura, que parece aceite. Me senté delante de la puerta, como todos mis vecinos, y en breve me ví rodeado como ellos de una multitud de vendedores ambulantes chinos y malayos que me presentan sus mercancías; pero á mi deseo de comprar se opone mi completa ignorancia de la lengua, y despues de varias tentativas inútiles me veo obligado á aplazar mis compras.

A las seis tocan á comer, y observo que estoy ins-

talado muy lejos del comedor, á donde llego tarde y sofocado. El aspecto del comedor es espléndido. La mesa, de mas de doscientos cubiertos, adornada con lámparas y multitud de bujías, de brillante vajilla y de pirámides de frutas y de flores; la estensa columnata que sostiene el techo, los trajes blancos de los hombres, los vestidos de baile de las mujeres y los adornos orientales de los criados, colocados de pie detrás de sus amos, componen un conjunto lujoso y



Una calle de Batavia (ciudad nueva.)

espléndido que recuerda el cuadro de las bodas de Caná, de Pablo Veronés. Pero me veo obligado á contentarme con el placer de mirar, porque mis vecinos se lo comen todo en mi presencia. Es imposible coger un plato ni una tajada, y á no ser por la atención de un compasivo malayo, me hubiera levantado de la mesa completamente en ayunas.

Sin embargo, sería injusto como artista y como gastrónomo si no dijese que en aquella comida ví y probé por primera vez esas deliciosas y admirables frutas de la India: el nanka, que tiene la forma de una piña y el gusto á queso; las bananas, mas gruesas y sabrosas que las de Egipto, y sobre todo el inapreciable mangustan, de redondez perfecta, de corteza morada en la superficie y encarnada en el interior y de pulpa blanca, pero de gusto indefinible y mas delicado que el de las uvas y de sabor tan fresco que pasa por la primera fruta del mundo.

Pero como las frutas no bastan para hacer una comida, me quejé de que querian matarme de hambre, y me respondieron que en la India era costumbre

tener un criado destinado especialmente á servir á la mesa, y que los criados de la fonda se limitaban á dar los platos á los criados de boca de los viajeros.

Para tranquilizarme encontré al entrar en mi cuarto el famoso alumbrado gratuito, que consistia en una lamparilla que flotaba en un vaso asqueroso desportillado lleno de aceite de coco negro hediondo saturado de insectos y que apenas alumbraba.

III.

BATAVIA (continuacion.)

Primera noche en tierra.—El baño.—Paseo por Batavia.—El día en la India.—La ciudad chinesca.—Mercaderes ambulantes.—Paseo nocturno.—Casa de alquiler.

Fatigado con una jornada tan dura, fácil es presumir que deseaba buscar en el sueño el olvido de todos mis cuidados. Eché á la cama una mirada ansiosa; pero ¡ay! mi cama de columnas, rodeada del mosquitero que ya conoce el lector, solo tiene un colchon delgado, duro, pensado como un almohadon



Batavia (ciudad nueva.)

de coche, muy ancho á la verdad, pero cubierto con una sola sábana. En cambio encuentro además de las almohadas ordinarias dos especies de rollos colocados en mi lugar, cuyo uso ignoro completamente. Llamo á Ahmat, que es el mozo que debe arreglar mi cuarto y que duerme á la puerta, le indico aquellos rollos y despues la cabeza, y me hace señas de que no; luego se toca las rodillas, coloca su mano sobre los rollos para indicarme que debo apoyar en ellos las piernas, y se marcha.

Me figuro que han acabado mis incomodidades, y voy á cerrar la puerta. Vuelvo y revuelvo la llave en la cerradura; pero no me es posible hacerlo, porque todo está lleno de moho.

Entonces vuelvo á llamar al mozo.

—¡Ahmat!

—¡Tuan!

Tuan en malayo quiere decir señor, segun supe al dia siguiente.

—¡Ahmat! ¡La llave! ¡La cerradura! ¡Deseo cerrar la puerta!

—¡Tuan!

—¡Deseo cerrar la puerta!

¡Vaya! es preciso recurrir de nuevo á la pantomima. Ahmat acaba por comprenderme; cierra las dos hojas de la puerta, coge de un rincon una pesada tranca de madera, introduce uno de los extremos en un agujero hecho en el alfeizar de la puerta y el otro en una horquilla fija al extremo opuesto, vuelve á quitar aquel primitivo aparato y se marcha deseándome sin duda buena noche.

Slahmat tidoor, tuan.

¡Buena noche! ¡En la India! ¡Oh irrisión! Buena noche, cuando oigo en derredor mio el zumbido de los cínifes y de los mosquitos! ¡Cuando veo que esos sanguinarios insectos solo esperaban que me acostase para arrojarse sobre mí y devorarme al través de mis vestidos! En fin, iba á meterme en la cama, cuando veo pegados á la pared dos lagartijas pardas aplastadas, con grandes cabezas, ojos negros y salientes, y la cola en forma de hoja de salvia.

—¡Ahmat! ¡Ahmat!

—¡Tuan!

—¡Mira cómo barres la habitacion, que te dejas lagartijas en ella.

Ahmat sigue con la vista mi indicacion, abre la boca, me enseña una doble fila de dientes negros, y me señala con el dedo el techo, donde veo con horror otras veinte lagartijas.

—¿Se vive aquí con semejante compañía? Echalos fuera en seguida.

—¡Tuan!

—Pero tú me desesperas con tanto ¡Tuan! ¡Tuan!

Echa fuera esos asquerosos animales y déjame en paz.

Ahmat ahogándose de risa, coge tranquilamente

las lagartijas con la mano y las arroja por la ventana; pero inmediatamente son reemplazadas por otras, las cuales lo serian tambien si las hiciese arrojar. Por tanto, me decido á dormir en compañía de ellas... ¡ay! ¿amaneceré?

¡Qué noche! comprendo el suplicio de San Lorenzo y de Guatimocin. No hay un punto en mi cuerpo que no me escueza ó me duela. Pienso tomar un baño en seguida; pero segun lo que aquí cuestan todas las cosas, esto debe de ser muy caro. ¡Oh sorpresa! Acabo de saber que en la India no se paga nada.

Las habitaciones de baños de la fonda se parecen á las de Europa, con la sola diferencia de que hay una gruesa llave de cobre colocada sobre la pila por si se desea baño de chorro. Por supuesto que el agua no es caliente, pues no se concibe un baño templado en aquel pais abrasador, al paso que parece muy natural que sea frio.

He visto muy de mañana á mis vecinos que iban al baño vestidos de algodón blanco: este traje no es seguramente airoso, pero permite vestirse y desnudarse sin trabajo y no perder en movimientos inútiles el beneficio del reposo y de la frescura que proporciona el baño. Por lo mismo, desde hoy le usaré, asi como esas chinelas bajas, cuya comodidad comprendo.

Despues de haber almorzado como la víspera, té, manteca y queso, salgo á entregar unas cartas y á hacer algunas visitas indispensables. Segun los usos del pais, tengo que terminarlo todo antes de las diez de la mañana, y ya son las siete.

Durante aquel paseo ví muchas habitaciones europeas que son lo ideal en comodidad. Aprecié como merecen aquellas piezas espaciales y ventiladas donde reina la mas perfecta limpieza; aquellos muebles tan propios del pais, en que el cuero y el rónen reemplazan á la seda y al terciopelo; y sobre todo, aquellos jardines tan limpios, tan peinados y cepillados que parecerian monótonos acaso si no estuviesen llenos de esos inmensos árboles al lado de los cuales son enanos los mas corpulentos de Europa.

En mis escursiones por las calles de la nueva Batavia, si se pueden llamar calles aquellas grandiosas alamedas, solo encontré algunos puntos donde las casas estaban próximas unas á otras, porque aquello es menos una ciudad que una sucesion de casas de campo. Citaré entre otras la residencia del gobernador general, representante de S. M. neerlandesa en las Indias, que es un palacio bastante pequeño con respecto al título y á la importancia de la persona que le habita; pero por lo demás, muy adecuado á su objeto, y se halla rodeado, como las otras casas, de espléndidos jardines.

Delante del *West-Kammer* (cámara de los huérfanos), administracion encargada especialmente de ar-

reglar las sucesiones, cuyo edificio está situado á la orilla del rio, en frente de la fonda de Cressonnier, examiné con interés uno de esos puentes construidos, como todos los de aquí, por obreros chinos, y que conservan en su arquitectura, sólida y ligera, algo de chinesco. Estos puentes tienen por otra parte el inconveniente de que su cimbra es tan pronunciada, que vibran hasta el punto de detener la marcha de los caballos y de inspirar inquietud á los que los atraviesan en coche.

La visita que hice despues al señor O..., uno de los franceses mas ricos establecidos en Batavia, que me recibió cordialmente, me proporcionó la ocasion de ver la única calle verdadera de la Batavia europea. Alrededor de la habitacion de aquel rico industrial se hallaban reunidos un cuartel de artillería, uno de los círculos mas importantes de la ciudad, y las casas de algunos opulentos comerciantes.

Mientras hacia yo aquellas visitas, iba avanzando la hora y con ella aumentando el calor, pero un calor sofocante, insoportable, mortal para los europeos, á juzgar por los que veo pasar á mi lado pálidos, tristes, agoviados sobre los almohadones de su coche y formando un doloroso contraste con la multitud indígena que se agita y despliega por todas partes con pasmosa actividad. A la niebla que por la mañana refrescaba la atmósfera y desvanecía todos los contornos, ha reemplazado una luz deslumbradora y de tal intensidad, que todos los objetos pierden por decirlo asi su propio tono. En cuanto á la temperatura, no puedo definirla si no diciendo que estoy en un horno, que respiro fuego, que el sudor que corre por mi frente y mis manos y que cala mis vestidos, me avergüenza; que me devora una sed horrible que se duplica al satisfacerla. No veo polvo, es cierto, pero esto no es cosa que debe alegrarme, porque este fenómeno no tiene otra causa que la extraordinaria humedad del suelo, tan funesta en aquel pais, producida por el rocío de la mañana, que es mas fuerte que nuestras lluvias ordinarias, y por la infiltracion de las aguas, que no están á mas de 2 ó 3 metros de profundidad.

La impresion de fatiga y de desaliento que me produce aquel clima abrasador, no me impide sin embargo observar con vivo interés á la multitud de malayos que se renueva constantemente á mi vista. Aquellos tipos, aquellos trajes de sin igual originalidad me llaman la atencion sobre todo. Aunque en efecto es grande la belleza del paisaje, la magnitud y la riqueza de la vegetacion, el esplendor del dia y la limpidez del cielo, atrae mis miradas el indio dorado, desnudo ó cubierto de brillantes telas, bien se me presente en primer término, bien forme él solo un cuadro, bien se me ofrezca como una mancha en el conjunto de la perspectiva.

En Europa, si anduvieran los hombres medio desnudos, veríamos infinidad de deformidades y de plagas: aquí solo se ven robustos hombros, finos y musculosos cuerpos, y sobre todo, formidables piernas. Por desgracia los extremos no son perfectos, y los pies especialmente son anchos y planos, y sus dedos separados se ven con disgusto. Por otra parte, lo mas notable acaso en el indio es su cutis mate y oscuro, que toma su verdadero color del medio en que se encuentra: el malayo, destacándose en un camino blanco parece casi negro, en el mar azul cualquiera diria que se habia frotado con polvo de ladrillo encarnado, y al lado de las hojas verdes toma tintas moradas y sonrosadas. Se ven jugar en una llanura bajo los ardientes rayos del sol niños completamente desnudos, á pesar de tener diez ó doce años. Cualquiera diria que son antiguas estatuas de bronce por la pureza de sus formas y por la gracia de sus actitudes. Me fijé en la marcha ondulante de un hermoso malayo con turbante, chaqueta verde y chaleco de arabescos: la cabeza de aquel hombre era verdaderamente hermosa: tenia la cara oval, ojos rasgados, sombríos, brillantes y algo inclinados hácia la nariz, que era fina y recta como la de un griego; la boca grande, sombreada con un bigote pequeño liso y negro como el carbon; la frente despejada y ancha y admirablemente modelada. No todos son tan hermosos, porque hay muchas bocas enormes, mandíbulas desmesuradas, frentes deprimidas y bajas, en una palabra, tipos salvajes; pero siempre se encuentran en los menos favorecidos por la naturaleza magníficos ojos negros, sedosos y brillantes cabellos, y sobre todo formas admirables.

Respecto de los trajes y peinados de los indígenas, me es tan difícil explicarlos, que no puedo distinguir los hombres de las mujeres. Veo muchos sombreros de bambú perfectamente tejidos y de toda clase de formas, unos redondos, otros puntiagudos, unos grandes, otros pequeños, unos parecen escudos, otros apagadores, otros cubetas. Algunos individuos llevan jubones árabes y anchos pantalones, otros van desnudos con solo una especie de calzoncillos, otros se cubren las caderas con un pedazo de indiana que deja ver la forma del cuerpo, otros en fin llevan una saya muy estrecha de pintoresco efecto. Aquellos calzoncillos, aquellos pantalones, aquellas sayas están hechas de *sharong*, tela que se fabrica en el pais y cuyos dibujos y colores tienen un gusto extraño y agradable, y varían hasta el infinito. Creo que antes de describirlos será preciso hacer un estudio especial de aquellos singulares vestidos.

En esto pensaba cuando tuve que atravesar uno de los barrios mas interesantes de Batavia, la ciudad china. Me hallaba á la orilla de un canal por donde pasaban largas embarcaciones malayas; á un lado veía una línea de casas chinas cuyos detalles podia